

Unidad 6

- Las Estructuras del Conocimiento Humano

“ Uno de los problemas más importantes en Filosofía es, el problema crítico del conocimiento, que se plantea de la siguiente manera: ¿Cuál es el valor del conocimiento?, ¿Cuál es el origen y el alcance de los conocimientos verdaderos, ¿Cuáles el criterio para discernir los conocimientos válidos de los no válidos. Este problema surge a partir de la vivencia del error.”

6. LAS ESTRUCTURAS DEL CONOCIMIENTO HUMANO

6.1 ELEMENTOS DEL CONOCIMIENTO HUMANO

El conocimiento humano encierra un misterio (al estilo marceliano) en cuanto que el sujeto cognoscente queda involucrado en el acto mismo de conocer. La unión de sujeto y objeto produce una representación interna del objeto que modifica al sujeto. En este sentido se trata de un *con-nascere*, (nacer juntos) Se puede definir entonces como una operación por la cual el sujeto capta al objeto y produce una representación interna de éste último. Cuando hay conocimiento, algo nace, una especie representativa del objeto se aloja en el sujeto y modifica su modo de ser.

De esta manera, podemos distinguir cuatro elementos en todo conocimiento: la operación psicológica, el sujeto cognoscente, el objeto conocido y la representación que queda en el sujeto. De estos cuatro elementos interesa especialmente al psicólogo la operación que se realiza. Desde nuestro punto de vista, lo más importante es la relación entre sujeto y objeto, que luego queda realizada en la representación.

En relación con el sujeto, podemos aclarar que es precisamente él quien conoce; no son sus órganos los que conocen. No es la inteligencia ni el ojo el que conoce, sino el mismo sujeto. Los órganos son instrumentos y canales para recibir las impresiones del exterior y no verificarlas.

Pero el acto propiamente cognoscitivo se da en el sujeto como tal.

El objeto del conocimiento no sólo es una cosa material. También se pueden conocer objetos espirituales que no ocupan un lugar en el espacio. Justamente el contenido o esencia de los conceptos es un objeto que trasciende al espacio y al tiempo. Objeto no es lo mismo que cosa; es lo que se opone al sujeto, lo que queda enfrente del sujeto.

La representación cognoscitiva que permanece en el sujeto ha dado origen a un problema decisivo en la teoría del conocimiento: ¿qué es propiamente lo que conocemos, al objeto directamente, o a la representación inmanente al sujeto? Si se contesta que el objeto, surge la duda acerca de cómo puede el sujeto conocer algo no inmanente. Si se contesta que la representación es lo conocido, surge la duda de si el conocimiento llega a alcanzar alguna vez a los objetos tal como son. La solución del realismo consiste en afirmar que conocernos directamente y en primera instancia al objeto; y en un segundo momento, de reflexión, captarnos en forma directa a la representación; esto sería el acto de pensar. En el primer momento de captación del objeto, la representación solamente es el medio a través del cual captamos algo externo.

Esta aporía de la inmanencia o trascendencia del conocimiento puede recibir una solución sintetizadora de ambos extremos gracias al elemento conciencia que aquí interviene. En realidad, no puede haber conocimiento fuera del campo de la conciencia, y en este sentido el conocimiento es inmanente. Pero, por otro lado, la conciencia tiene una expansión tal que ya no puede concebirse como encerrada en los límites corporales del sujeto. Su campo es verdaderamente una realidad que trasciende al cuerpo, y en este sentido

podemos decir que el conocimiento es también trascendente. La expansión de la conciencia es un tema ya estudiado en el capítulo anterior. De esta manera podemos decir que el conocimiento alcanza al mismo objeto trascendente, pero dentro de la inmanencia del campo de la conciencia.

Por otro lado, el conocimiento cotidiano da lugar al fenómeno de la identificación, que tiene varios aspectos. La identificación cognoscitiva consiste en que el sujeto de tal manera capta al objeto, que en ese momento parece convertirse en ese objeto. Aristóteles decía que cuando pensamos en verde, nos convertimos en verde. La identificación puede pensarse, pues, como una involucración del sujeto en el objeto de su conocimiento, una vibración y sintonización con el objeto, una polarización del sujeto hacia el objeto; su atención está completamente enfocada hacia ese objeto. Desde un punto de vista pedagógico, esto trae una consecuencia importante, pues en realidad un aprendizaje no es significativo hasta que el sujeto se involucra en el tema de estudio. En cambio, cuando ese tema no interesa y no involucra al sujeto, el aprendizaje no es significativo, y el conocimiento obtenido es un pseudo-conocimiento. En este caso, el objeto no ha llegado hasta el plano del ser del sujeto, no ha modificado al sujeto y, por tanto, pedagógicamente hablando, tal conocimiento carece de importancia.

Pero, además, el fenómeno de identificación mencionado tiene otra consecuencia que consiste en la limitación que en ese momento se produce en el campo cognoscitivo, de tal manera que se pierde de vista el horizonte ilimitado que de suyo tiene la conciencia. A la larga, el sujeto tiene tal conciencia de sus limitaciones, que el salir hacia un horizonte más amplio le cuesta trabajo, como si no estuviera dentro de sus posibilidades. Esta limitación de la conciencia puede contrarrestarse con las vivencias descritas desde el principio de este libro.

6.2 EL PROBLEMA CRÍTICO DEL CONOCIMIENTO

Uno de los problemas más importantes en Filosofía es el problema crítico del conocimiento, que se plantea de la siguiente manera: ¿Cuál es el valor del conocimiento? ¿Cuál es el origen y el alcance de los conocimientos verdaderos? ¿Cuál es el criterio para discernir los conocimientos válidos de los no-válidos? Este problema surge a partir de la vivencia del error. En un momento dado, el sujeto se da cuenta de que aquello que tomaba como verdadero, en realidad es falso. Esta ilusión que ha vivido lo orilla a reflexionar y tratar de determinar un criterio para poder distinguir lo verdadero de lo falso.

Podemos reseñar brevemente las cinco soluciones más características a este problema que se han dado a lo largo de la historia de la Filosofía.

Escepticismo: Consiste en dudar de todo, y, por tanto, no se le otorga ninguna validez al conocimiento. Esta postura es demasiado pobre, pues para ser congruente con ella, el escéptico no puede defender su postura, ya que en ese momento caería en la contradicción de sostener como verdaderos sus argumentos; en tal caso ya no es tan

escéptico como sostiene. En el fondo, el escéptico es un sujeto que ha tenido una fuerte desilusión respecto a tesis que sostenía como verdaderas y luego ha descubierto que se trata de falsedades. En ese momento sufre la tentación de querer arrojarlo todo por la borda.

Empirismo: Sostiene que sólo son válidos los conocimientos que pueden fundamentarse a través de la experiencia sensible. Gran parte de las corrientes científicas actuales (el conductismo, el positivismo lógico, por ejemplo) se colocan en esta postura. Por mi parte pienso que lo que afirman es verdadero; pero que además hay otra fuente de verdad que no proviene de los sentidos, y en ese momento falla el empirismo, al limitar demasiado el origen del conocimiento válido.

Racionalismo: Sostiene que los sentidos engañan, y que por tanto solamente son válidos los conocimientos basados en el intelecto o en el uso de la razón. El platonismo es típicamente un racionalismo. Sólo las ideas son verdaderas, y cuando los sentidos se adecuan a ese conocimiento universalmente válido, también poseen verdad, pero no por sí mismos. Esta postura es el reverso de la anterior, y por mi parte hago la misma crítica, en cuanto que también limita demasiado el origen de los conocimientos verdaderos. Hay que admitir que los sentidos son una fuente de información válida, con las precauciones concernientes, y que en todo caso, la relación y significación de esa información es lo que puede dar lugar al error.

Idealismo: Afirma que los únicos conocimientos válidos son los fenómenos producidos por el sujeto cognoscente. El conocimiento válido no toca al objeto en sí mismo, pues siempre hay una aportación por parte del sujeto, lo cual, al mismo tiempo que le da universalidad y necesidad a dicho conocimiento, también lo aleja del objetivismo y del realismo ingenuo. Esta postura, típicamente kantiana, reconoce la importancia de las formas aportadas por el sujeto en su acto cognoscitivo. Habría que ver si esas formas aportadas logran deformar al objeto, o más bien lo informan, es decir, le proporcionan una cierta estructura humana, pero dejando intacto al objeto mismo como tal. Queda pendiente saber si la cosa en sí es conocida. Esta postura lo niega rotundamente. Una mayor investigación acerca de las formas aportadas por el sujeto podría originar una respuesta fundamentada a este problema.

Realismo: Esta postura parece la más sensata y apegada al sentido común, pues afirma que podemos alcanzar al mismo objeto con nuestro acto cognoscitivo. Sin embargo, se puede distinguir con respecto al realismo ingenuo, en cuanto que no niega la actividad y la perspectiva propia del sujeto, que aporta algo al conocimiento, aun cuando esta aportación no signifique necesariamente una deformación

El realismo puede combinarse con una síntesis de empirismo y racionalismo y así obtendríamos una postura completa que explica el conocimiento como una unión de objeto y sujeto en la que se produce, tanto a partir de los sentidos como a partir del intelecto, un ente que representa al objeto, y que, aunque no es él mismo, sí es suficientemente eficaz para reproducir su conocimiento director

Con esto podemos volver al tema del problema y del misterio. El conocimiento es un misterio, es un abismo insondable, que no tiene fondo, y por lo tanto, las soluciones que

da el hombre son precarias y siempre susceptibles de ser reformadas y mejoradas. Es tanta la invisceración del sujeto en cualquier acto cognoscitivo, que nunca llega a poder tomar la distancia y la perspectiva suficiente para juzgar el acto cognoscitivo de un modo claro y objetivo. Nuestras definiciones y soluciones acerca del conocimiento y su validez están siempre afectadas por esa invisceración inicial que impide la claridad objetiva tan apreciada en un terreno científico.

Es importante ahora conectar el tema de la conciencia con el tema del conocimiento. La conciencia es el trasfondo, horizonte o perspectiva que le da sentido al conocimiento. Se conocen objetos limitados; la conciencia es el lugar en donde se conocen esos objetos, y de acuerdo a su tipo de expansión, así será el sentido o significado que el conocimiento de esos objetos tendrá para el sujeto cognoscente. Una conciencia estrecha sólo ve problemas; una conciencia amplia encuentra soluciones con facilidad; una conciencia optimista avanza fácilmente entre las dificultades; la conciencia pesimista se da por vencida con facilidad. Lo importante es pues, el cultivo de una conciencia expandida, gracias a la cual, los objetos adquieren un sentido positivo para el sujeto cognoscente.

Conviene también aclarar la diferencia entre el conocimiento sensible y el conocimiento intelectual. El primero se capta por medio de los sentidos, y sirve como base para que funcione el intelecto y capte las esencias u objetos de tipo intelectual, y que trasciende a lo puramente sensible.

Desde el punto de vista pedagógico es importante esta seriación, pues el conocimiento intelectual generalmente no puede ser captado si no es con una base de tipo sensible. Por tanto, la labor del profesor en sus exposiciones, consiste en proporcionar ese material gráfico, sensible, en función del cual puede activarse el nivel superior de orden intelectual. A base de la imagen o descripción de varios buques, se puede obtener posteriormente el concepto de buque.

La importancia del conocimiento sensible resalta sobre todo en el mundo del arte, pues gracias al material sensible es como se produce una combinación elaborada por la fantasía. La materia prima de los artistas es el nivel del conocimiento sensible.

Por su parte, el nivel intelectual es la materia prima para la ciencia, que elabora tesis universales y necesarias. Esto no podría realizarse en función exclusiva de conocimientos sensibles.

Con esto queda señalada cuál es la característica típica del conocimiento intelectual: desborda el nivel sensible, trasciende el dato puramente individual encerrado en el espacio y en el tiempo. El conocimiento intelectual escapa a las categorías de espacio y tiempo, no en cuanto a la operación cognoscitiva, sino en cuanto al objeto captado y la representación obtenida.

6.3 LOS TIPOS DE CONOCIMIENTO CONCEPTUAL

Tradicionalmente se han considerado tres operaciones cognoscitivas en el nivel intelectual: la simple aprehensión, el juicio y el raciocinio. Cada una de ellas produce, respectivamente, los pensamientos llamados: concepto, proposición y argumentación. El raciocinio se compone de juicios, y el juicio está compuesto por ideas.

La primera operación se llama simple aprehensión, la cual produce un concepto o idea. El contenido de la idea es una esencia o un elemento esencial. La esencia es una estructura unitaria que da sentido a un objeto sensible. La imagen es sensible y singular. El concepto se refiere al mismo objeto que la imagen, pero en forma universal, pues se aplica por igual a todos los seres de la misma especie. En esta operación mental no hay afirmación ni negación.

Previamente se puede distinguir una operación de orden intelectual pero preconceptual. Esta operación llamada intuición en la filosofía bergsoniana, consiste en que la mente capta un sentido, una noción suprasensible, pero todavía no es un concepto. La intuición, de acuerdo con Bergson, es la operación por la cual la mente monta a caballo en la realidad. Es propia de la Filosofía. En cambio, la conceptualización, operación posterior, deja colar lo individual, y sólo se queda con lo universal. Los ejemplos de esta operación se dan especialmente en la captación de la belleza, de los valores, del sentido o significado nuevo que se está descubriendo, y que todavía no se identifica o delimita como un concepto definido. También en la *Metafísica* de Coreth se puede encontrar una página en donde se explica esta particularidad del conocimiento intelectual, que puede ser preconceptual y que capta una singularidad que no es de tipo sensible.

Es importante subrayar este tipo de conocimiento intelectual preconceptual. Esto significa que el ser humano es capaz de pensar y alcanzar significados, aun cuando todavía éstos no queden formulados en forma conceptual. El concepto es una formulación posterior.

Se puede relacionar este tipo de conocimiento con lo que se ha explicado ya acerca de la conciencia. En la conciencia se captan significados, síntesis, sentidos, explicaciones, soluciones a los problemas, sin necesidad de que estos contenidos tengan la forma de concepto. El concepto es una formulación posterior que se logra en la expresión de ese contenido intelectual encontrado en la intuición.

La segunda operación mental clásica es el juicio. Su función no consiste solamente en reunir dos conceptos, como cuando digo: el edificio es alto. Lo propio del juicio es la afirmación (o negación) de una existencia, en donde se encuentran sintetizados los dos conceptos expresados en el sujeto y en el predicado de la proposición.

De esta manera, la segunda operación mental se refiere a existencias, mientras que la primera (la simple aprehensión) se refiere sólo a esencias. Así es como las dos operaciones captan los dos coprincipios básicos de todo ente, que son la esencia y la existencia.

Emitir un juicio, por tanto, consiste en afirmar que algo existe, es decir, que participa del ser. Las esencias, en cambio, ni afirman ni niegan nada, son neutras, pues

todavía no aluden directamente al ser como poseído. El juicio logra bajar el mundo de las esencias al mundo de las existencias, que es el mundo real.

También cuando se sostienen juicios negativos se da una esencia. El ateo, por ejemplo, para poder negar la existencia de Dios, debe poseer en su mente la esencia de ese Dios que niega. Con la primera operación mental concibe esa esencia, y con la segunda operación niega, que dicha esencia tenga una existencia o realidad independiente del pensamiento.

Cabe aclarar que el lugar en donde se capta la relación entre los dos conceptos es la conciencia. Según sea la amplitud de esa conciencia así será la profundidad y la amplitud de posibilidades de relaciones que se puedan captar.

La tercera operación mental consiste en pasar a un conocimiento nuevo en función de otros juicios previamente captados. De las premisas se obtiene una conclusión. La ilación consiste en que efectivamente exista esa relación entre las premisas y la conclusión.

También tradicionalmente se han distinguido dos tipos de raciocinio. La deducción consiste en partir de premisas universales y llegar a una conclusión particular (o menos universal). En cambio, la inducción consiste en partir de casos singulares para concluir tesis universales. Estas tesis son la base de la ciencia.

En Filosofía ha existido una larga discusión acerca del origen de los conocimientos y tesis universales. El problema crítico estudia cómo es posible que la inducción tenga validez.

También se ha objetado la validez del silogismo, que es la forma más sistematizada de la argumentación deductiva. La objeción consiste en hacer notar que para conocer la conclusión. Si se sabe que todos los hombres son mortales, es porque antes se sabe que Pedro es mortal. Por lo tanto, no tiene ningún valor el silogismo que pretende inferir la mortalidad de Pedro en función de la premisa universal.

Se puede responder a esta objeción diciendo que la verdadera premisa de ese silogismo no es: Todos los hombres son mortales, sino: Todo hombre es mortal, o mejor: El hombre es mortal; lo cual significa que se ha captado en la esencia del hombre la mortalidad. No fue necesario conocer primero todos los casos. De esta manera se puede notar la calidad del concepto y de la esencia, que contiene una totalidad que no se identifica con la suma de todos los casos singulares.

También se puede notar la relación que tiene la conciencia con esta operación que produce nuevos conocimientos. La conciencia es el campo en donde surgen esas nuevas posibilidades. La capacidad argumentativa de una persona puede fortificarse cuando se expande ese campo de su propia conciencia.

6.4 EL CONOCIMIENTO DE LOS VALORES

Los niveles de conocimiento intelectual explicados anteriormente, no reflejan con exactitud el procedimiento para captar los valores. Este tipo de conocimientos es importante en el hombre, debido a que, gracias a ellos, el hombre encuentra una realización apropiada para su propio ser. Esto nos introduce ya en el tema acerca de la esencia del valor.

Una primera definición del valor se puede lograr en función del concepto de intencionalidad ontológica que ya hemos estudiado. En efecto, el hombre tiene un poder o dinamismo expansivo con una cierta orientación, tal es su intencionalidad. Esa orientación de la intencionalidad va a estar fuertemente condicionada por el encuentro con objetos valiosos. El valor posee la fuerza para atraer y atrapar la energía expansiva de la intencionalidad. Este poder del valor es lo que se llama preferibilidad. Gracias a esta propiedad, los valores llaman la atención y orientan la intencionalidad de las personas que los perciben. En este momento podemos describir al valor como el correlato objetivo de la intencionalidad ontológica.

En este caso puede compararse el objeto valioso como un imán, que tiene un poder de atracción sobre las partículas de hierro que están alrededor. El valor, gracias a su preferibilidad, cualidad intrínseca del objeto valioso, ejerce un poder sobre las personas que lo captan. Esta experiencia es común en todo ser humano. No queda indiferente hacia ciertos objetos. Llama valioso aquello que le parece interesante, atractivo e importante.

Notemos que se trata de dos polos de fuerza. Una es la energía o poder expansivo de la intencionalidad. Otra es la fuerza o poder atractivo del valor. Una sin la otra no producen efecto alguno. Las dos en contacto producen una complementación del ser humano. Tal parece que la naturaleza misma del hombre se encarga de proveerlo de aquello que requiere para su propio desarrollo.

La reflexión acerca del ser humano, que surge ante esta visión de la esencia del valor, consiste en detectar sus carencias, sus potencialidades y sus limitaciones, en función de las cuales es como se requiere un complemento, que es precisamente el valor. También se puede reflexionar acerca de ese elemento emocional que nos permite detectar la proximidad de un valor. El conocimiento directo de un valor presente excita las fibras emotivas del hombre, con lo cual se siente impulsado a una realización de ese valor.

Una segunda descripción del valor nos dice que consiste en la relación de adecuación con otro ente. Un objeto valioso es un ente que guarda relaciones de adecuación con otro objeto que sirve como fundamento o criterio en la comparación. Emitir un juicio de valor consiste, pues, en comparar dos objetos y ver su relación, su congruencia o armonía recíproca. De acuerdo con el objeto que se toma como base de comparación, así será el juicio emitido sobre un valor. Esto explica por qué diferentes personas emiten juicios diferentes sobre los mismos objetos. Sus bases de comparación no necesariamente coinciden.

Esta segunda definición de valor nos proporciona un esquema para captar el mismo como algo independiente del ser humano o del juicio que él haga en función de sus propias necesidades. Las relaciones de adecuación entre los objetos tienen lugar aun cuando el hombre no las conozca. La afinidad entre las cosas es un hecho que se da independientemente de la intervención humana, y de su conocimiento. Nótese, además, que la primera definición también alude a esta misma relación de adecuación, sólo que en ese caso la base de comparación es el mismo sujeto que capta el valor. Por lo tanto, decir valor es decir afinidad o relación de adecuación. Esta afinidad se puede dar entre el hombre y los demás entes - (incluyendo otros hombres), o entre los entes entre sí. Con esta aclaración podremos desglosar posteriormente algunas características del valor y aclarar el problema del relativismo y del subjetivismo del valor.

De acuerdo con estos dos conceptos que tratan de describir la esencia del valor, también surgen dos modos de conocer el valor.

El primer modo se llama valorización, y consiste en captar intuitiva y emotivamente la presencia de un objeto que guarda relaciones de adecuación con el propio sujeto. La persona no puede menos que experimentar un cierto tipo de vibración o emoción ante el objeto que se presenta con rasgos de afinidad con ella misma. Valorizar es, pues, tener la vivencia de un objeto (físico o mental) que en ese momento produce un impacto emocional en la persona. Esta operación es muy importante desde el punto de vista educativo y existencial, pues, gracias a ella, el sujeto descubre por sí mismo el valor de las cosas sin necesidad de que se lo digan o describan en forma conceptual, como ha sido el caso en la mayoría de los sistemas educativos, que explican cómo son los objetos valiosos pero no llegan a mostrarlo y, por tanto, no dan la oportunidad de una vivencia propiamente axiológica.

Desde el punto de vista de la teoría del conocimiento, es importante subrayar ahora los elementos propios de este modo de captar los valores. Desde luego, no basta el dato puramente sensible. Tampoco basta un concepto ni un juicio ni un raciocinio. Se trata más bien de una intuición intelectual y emotiva, en la cual la persona capta simultáneamente al objeto en sus estratos físicos e intelectuales junto con la emoción que siente por la congruencia de ese objeto con el propio sujeto. Según Max Scheler, se trata de una intuición emotiva, diferente pues, a la intuición eidética. Vale la pena subrayar que el concepto no tiene lugar en ese tipo de conocimiento. Solamente cuando se quiere emitir un juicio posterior es cuando surge el concepto. Este conocimiento axiológico está más en el rango de la intuición que ya explicamos anteriormente. En este caso es perfectamente posible que el sujeto no encuentre palabras para expresar lo que ha experimentado frente al objeto que llama valioso. Los conceptos no alcanzan a expresar adecuadamente el objeto de la intuición.

Según se puede colegir, este primer modo de captar el valor tiene una fuerte correspondencia con la primera definición del valor, en función de la propia intencionalidad ontológica. La segunda manera de captar el valor estará relacionada con la segunda definición que hemos dado.

La evaluación consiste en captar la relación que se da entre dos objetos. Evaluar un ente es considerarlo comparativamente con un segundo ente que sirve como base de

comparación. Evaluar es comparar. Según sea la base de comparación así será el juicio evaluatorio.

Esta operación mental puede ser bastante objetiva, en cuanto que no necesariamente el sujeto tiene por qué vibrar o emocionarse- ante el objeto. Naturalmente, esta cualidad de objetividad puede mermarse considerablemente cuando el sujeto al mismo tiempo está haciendo una valorización, pues entonces el juicio que emite corresponde más bien a esta operación subjetiva y no a una evaluación.

Con todo lo anterior, tenemos ya una base para emitir una opinión acerca del subjetivismo y del relativismo axiológicos. En los valores puede haber un subjetivismo, según vimos ya en la primera definición y en la descripción de la valorización. Este subjetivismo implica que el valor tiene como base de comparación al mismo sujeto, y en tanto se den sujetos diferentes, los juicios axiológicos serán también diferentes, aun cuando se trate del mismo objeto. Este subjetivismo tiende a desaparecer en la segunda operación llamada evaluación.

En los valores se da una relación siempre. Esto podría dar origen a un cierto relativismo. Todo depende de los objetos que sirven para detectar esa relación. Sin embargo, el valor mismo no es propiamente una relación, sino la cualidad de un objeto, gracias a la cual se relaciona adecuadamente o tiene afinidad con otro objeto o con un sujeto. Posteriormente mencionaremos la objetividad y el apriorismo como características propias del valor, y que se oponen diametralmente a un subjetivismo y a un relativismo exagerado en el campo axiológico.

Existe un tercer modo de llegar al conocimiento de los valores, y es la conceptualización. El sujeto capta una definición de un valor y la comprende: inclusive puede explicarla con sus propias palabras. Es un conocimiento legítimo, pero, al mismo tiempo, posee un peligro y una, ventaja. La ventaja de esta conceptualización axiológica consiste en la exactitud de la expresión que se obtiene gracias a la definición. En el terreno científico esta cualidad es muy apreciada. Pero el peligro que encierra está en la posible ausencia de una previa valorización del mismo objeto detectado en la definición. Cuando esto se repite, el estudiante aprende de memoria descripciones de valores sin haberlos vivido ni haberse enterado con ellos. A la larga, esto produce una cierta inautenticidad, en el campo axiológico, pues el sujeto trata de alcanzar, realizar o describir valores que no percibe directamente como tales. La maduración de esa persona consistiría en rescatar aquello que verdaderamente considera como valioso a través de una experiencia directa y desechar aquello que le resulta neutro o de valor negativo. Esta es una verdadera liberación con respecto a las introyecciones que las autoridades suelen infligir en sus súbditos con el propósito de obtener una obediencia incondicional. Esta obediencia podría ser muy eficaz, pero tal vez carecería de ese motor interno que es el valor de las normas o conductas que se pretende realizar.

Gracias a esta conceptualización axiológica es posible expresar las cualidades observadas en los valores. La *preferibilidad* consiste en el poder de atracción que ejercen los valores. El nivel suprasensible de los valores consiste en que no pueden ser captados sólo con los sentidos; se requiere el conocimiento intelectual y, además, el emotivo. La *aprioridad* consiste en que la relación de adecuación es previa al conocimiento que de ella

se tiene. La *objetividad* consiste en que esa relación puede darse entre dos objetos> completamente independiente del sujeto que la capta. La *bipolaridad* consiste en que los valores siempre se escinden en positivos o negativos, nunca son neutros. Se da lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo. En cambio, en el terreno ajeno a los valores no necesariamente se da esa bipolaridad. La *jerarquización* es otra propiedad de los valores, y consiste en que por sí mismos muestran mayor o menor adecuación con las cosas o las personas. De esta manera, cada uno puede ordenar en una serie de mayor a menor importancia, los valores que ha captado.

6.5 APLICACIONES DEL TERRENO AXIOLÓGICO EN LA ANTROPOLOGIA FILOSÓFICA

Esta captación de los valores incide en nuestra idea del ser humano de varias maneras:

a) El *horizonte axiológico* de una persona es la amplitud de su captación de valores. La maduración y educación de un sujeto lo hace más capaz de captar valores más refinados e importantes.

b) La *autenticidad* de una persona también depende de su captación de un amplio horizonte de valores. De no ser por una impregnación directa en el campo axiológico, la persona vivirá exclusivamente de valores prestados, es decir, conocidos al modo conceptual, pero sin haber vivido una experiencia directa de ellos. Su convencimiento acerca de ellos está sujeto a dudas y actitudes falsas.

c) La *motivación* humana puede ser intrínseca o extrínseca. La primera está en función de valores; la segunda en función de presiones externas, coerciones y obligaciones (entendida ésta última en un sentido vulgar, pero inexacto, como "presión por parte de la sociedad"). Gracias al conocimiento directo de los valores, el sujeto puede deslizarse desde una motivación extrínseca hasta una motivación cada vez más interna, en función de esos mismos valores.

d) La *moralidad* humana, o su valor moral, también dependerá de su rescate de valores morales y su actuación en función de ellos, y no tanto por coerciones. (Cfr. Bergson: Las dos fuentes de la moral y la religión).

e) La *libertad*, como estudiaremos posteriormente, obtiene su fundamentación vivencial en una previa asimilación de valores. El hombre actúa libremente cuando actúa guiado por algún o algunos valores. En ese momento es capaz de adquirir una cierta autonomía y de liberarse de los condicionamientos y de los estímulos físicos que forman en la generalidad de la gente el motivo principal de la conducta humana.

f) El *amor* también está en función del valor, y precisamente en función del valor que ha adquirido una persona como tal. El amor desinteresado es capaz de ser ejercido aun

cuando el objeto o la persona amada no valgan tanto. El amor desinteresado es generado a partir de la potencialidad del mismo sujeto amante.

6.6 LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Tanto el tema de la verdad como el de la ciencia pertenecen mejor a una teoría del conocimiento o a una asignatura como la Lógica. Sin embargo, desde el punto de vista antropológico lo que interesa es la verdad y la ciencia como valores, es decir, como complementos y realizaciones de la naturaleza humana.

El tema de la verdad es importante en Antropología filosófica porque es una de las realizaciones de la intencionalidad ontológica, ese dinamismo propio del núcleo de identidad personal. La curiosidad intelectual que se manifiesta en los niños y luego en los adultos a través de la investigación, es un fenómeno que produce este valor llamado verdad.

Para empezar, hay que definir el concepto de verdad. Lo primero que surge es que el concepto de verdad es analógico, es decir, se aplica en parte igual y en parte diferente a varias cosas. Lo que es común en todos estos conceptos que vamos a analizar es una congruencia o adecuación entre dos vertientes. Así es como va a surgir la verdad ontológica, la verdad lógica y la verdad moral. Desde el momento en que se trata de adecuaciones, podemos captar que estamos hablando de un valor.

La verdad ontológica es la autenticidad de una cosa o de una persona. Se trata, pues, de una adecuación entre las apariencias y la esencia de esa cosa. Cuando hay congruencia entre la manifestación y el fondo real de una moneda, por ejemplo, decimos que se trata de una moneda verdadera. Igualmente pasa en el caso del ser humano; lo que pretende la Antropología filosófica es detectar (al menos en forma conceptual) ese núcleo auténtico del hombre y poder distinguir lo que no es auténtico en las personas. Esa verdad ontológica del ser humano es precisamente el objeto de estudio de nuestra temática general.

Lo contrario de la verdad ontológica es la falsedad o lo inauténtico. En este caso no hay adecuación entre la esencia y la manifestación.

Es interesante la postura de Heidegger al tratar el tema de la verdad. Para él, la verdad es el develamiento del ser, y se basa en la palabra *alétheia*, que en griego significa verdad y al mismo tiempo develar. En el fondo, se está refiriendo a esta verdad ontológica que estamos explicando. Cuando se manifiesta el ser propio de un objeto o de una persona, estamos captando su verdad.

La segunda clase de adecuación aludida por el concepto de verdad es la adecuación o congruencia entre la mente y las cosas. Esta es la *verdad lógica*, la que caracteriza a los pensamientos valiosos, la que es buscada por la investigación científica. Lo contrario de la verdad lógica es el error- o el pensamiento falso, los sofismas.

No basta pues la consideración de las cosas verdaderas en sí mismas; esa misma verdad puede ser transportada en cierto modo a la mente humana; su curiosidad y actitud expansiva logran una incorporación de la verdad de las cosas y así se produce la verdad lógica.

La tercera adecuación es la *verdad moral*, que consiste en la congruencia entre las palabras y los pensamientos. Lo contrario es la mentira y el engaño. La veracidad sería una virtud de las personas que normalmente dicen la verdad, es decir, lo que piensan.

Con esto, tenemos ya un panorama completo. El ser se manifiesta, se devela, y produce la verdad ontológica; esto se capta en la mente del ser humano y produce la verdad lógica; posteriormente lo expresa en forma verbal u oral y se produce la verdad moral. La consecuencia de la verdad, al decir de Heidegger, es la libertad. Esto significa que sólo el develamiento del ser, su captación y su expresión, dejan ser al ente, lo liberan con respecto a posibles máscaras o inexactitudes que no lo constituyen. En su extremo, verdad y libertad coinciden, o sea, lo auténtico es lo único que actúa y se manifiesta en forma apropiada a su nivel.

6.7 LAS PROPIEDADES DE LA VERDAD

Con el objeto de aclarar mejor el tema de la verdad, es conveniente analizar sus propiedades, que se pueden reducir a cuatro:

La verdad es una. La unidad de la verdad significa que todas las proposiciones verdaderas forman un solo bloque compacto, sin contradicciones o incongruencias. Esta es una manera de enunciar el principio de contradicción, según el cual una misma cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto. La ausencia de contradicciones en una serie de pensamientos es la exigencia primordial de esta propiedad de la verdad.

Es importante insistir en la última parte del enunciado del principio de contradicción, que se refiere a "bajo el mismo aspecto y al mismo tiempo". Esto significa que si es posible encontrar aparentes contradicciones cuando las cosas no se consideran bajo el mismo aspecto o al mismo tiempo. Así, es posible que dos enunciados parezcan oponerse en un punto de vista; sin embargo, cuando la conciencia adquiere una perspectiva superior, es capaz de ver la armonía entre los dos enunciados que primeramente parecían excluirse.

Aquí tenemos, pues, la principal aplicación de esta propiedad a nuestro tema de Antropología filosófica. Se trata de este crecimiento o desarrollo de la conciencia humana que es capaz de ver la congruencia entre aparentes contradicciones a medida que crece su horizonte de significatividad, tal como lo hemos explicado ya en otro lugar. Es la operación de síntesis la que hace posible esta visión armonizada de la tesis y la antítesis. Hegel explicó esto mismo en un nivel histórico y universal, dentro de una terminología oscura, pero profunda.

La verdad es indivisible. Esto significa que entre la verdad y el error no hay término medio. Una proposición o es verdadera o es falsa.

Aquí hay que aclarar que la certeza sí admite grados, no así la verdad. La certeza consiste en- la adhesión de la mente a una proposición. Y esta adhesión puede ser más o menos fuerte. Lo contrario de la certeza es la duda. Cuando hay duda, la mente no tiene seguridad para afirmar algo, oscila entre la afirmación la negación. Pero, por lo que se refiere a la verdad, podemos insistir en que una proposición o es verdadera o es falsa. Las verdades a medias son, en último término, verdades, sólo que no revelan todo lo que hay de verdadero en la situación que señalan. También es posible que una misma proposición sea verdadera con un sentido y falsa cuando tiene otro significado diferente. Esto no significaría que se trata de una verdad a medias, o que cambia, sino que el significado dado o es verdadero o es falso.

La verdad es inmutable. Esto significa que la verdad no cambia, que permanece la misma a través del tiempo. Claro está que las cosas pueden cambiar, y también nuestro conocimiento sobre las cosas, pero - lo que en un momento ha sido verdadero acerca de esas cosas para siempre será verdadero. Un acontecimiento actual, por más contingente que sea, para siempre será verdadero que se realizó ahora.

La ciencia tampoco cambia. Lo que cambia es la apreciación o grado de profundidad de nuestros conocimientos sobre las leyes naturales. En realidad, las leyes de la naturaleza tienen su realización independientemente de que el hombre las conozca o no, y tenga de ellas un conocimiento adecuado o no. Es importante el reconocimiento de una falibilidad del científico, que puede equivocarse y dar por verdadero un principio o ley que posteriormente, en un análisis u observación más fina, llega a detectar con ciertas imprecisiones o dentro de un marco que debe ser más limitado de lo que suponía inicialmente. La verdad no cambia, aun cuando la ciencia puede evolucionar y corregir los errores que se pueden colar en un momento dado.

La verdad es objetiva. Esto significa que la base para captar la verdad es el objeto. Sin que esto signifique que el sujeto no tenga alguna participación en la formulación de las proposiciones verdaderas. En este momento lo que es conveniente subrayar es la necesidad de que el sujeto se adecue al objeto para poder detectar su verdad, En este sentido es como hay que subrayar la necesidad de objetividad en el terreno de la verdad. Posteriormente estudiaremos de qué manera interviene y aporta el sujeto en la formulación de las proposiciones verdaderas.

NOTA: La sede de la verdad lógica es el juicio. Y esto se debe a que en el juicio hay afirmación o negación. En cambio, en la simple aprehensión no hay tal. Además, en el juicio se afirma el ser respecto de una esencia; en esto consiste la posibilidad de la verdad. En cambio, la simple aprehensión capta puras esencias, no al ente completo en donde hay esencia y ser (o existencia). Por tanto, la verdad lógica queda reservada para la segunda operación mental, que es el juicio.

6.8 EL VALOR DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Entre los diversos tipos de conocimiento humano sobresale el conocimiento científico como un valor especialmente apreciado en este siglo. Veamos cuáles son las características que lo colocan en ese rango tan apreciable. Desde el punto de vista de la Antropología filosófica es importante, no tanto la descripción de lo que es la ciencia, sino su cualidad valiosa, que la convierte en un complemento y modo de realización humano.

6.8.1 ORIGEN EMPÍRICO

La ciencia es un conocimiento que requiere; en primer lugar, la observación sensible, el registro de datos, la repetición de experimentos. La ciencia no surge simplemente como una ocurrencia, ni tampoco es cuestión de un análisis introspectivo de la mente humana. En la ciencia se dan hipótesis que luego se comprueban o se desechan. El mismo establecimiento de hipótesis ha requerido una previa observación empírica de los hechos. Con mayor razón su comprobación. Actualmente, se reconoce la necesidad de un rigor extremado en el método científico que enfatiza el escrúpulo en la observación y en la objetividad de los registros efectuados. Se pretende que el investigador y el experimentador relate exclusivamente lo que ha captado sin que se cuenten datos subjetivos o inverificables.

Esta fidelidad al dato objetivo, observable sensiblemente, repetible, inclusive mensurable, y siempre verificable, es una cualidad del conocimiento científico que no admite objeción. Sin embargo, habría que hacer notar que la elaboración de la ciencia no se realiza exclusivamente en función del dato empírico, sino que requiere una serie de operaciones mentales que rebasan lo puramente empírico, como es el análisis y la síntesis, que luego describiremos. Además, es importante señalar que la ciencia también podría tomar como objeto de su estudio el terreno de la introspección, el mundo de los significados humanos, aun cuando no estén sujetos a la observación sensible.

La verificabilidad que la ciencia requiere no puede identificarse con la observación empírica, como se ha pretendido generalmente en las corrientes modernas (Cfr. el positivismo lógico). Si bien es cierto que la verificación es un paso importante, no lo es tanto que la verificación sólo tenga lugar a través de la experiencia sensible. Se puede verificar el mundo interno, de los significados y de los fenómenos mentales, aun cuando esto no quede expuesto a la visión de otros. Naturalmente, este tipo de verificación es de un orden diferente, pero no por eso menos válido para poder crear una ciencia.

Antropológicamente hablando, la ciencia se devela desde ahora como un valor y un modo de expansión del ser humano. En efecto, el hombre normalmente admira, investiga, inquiere y busca la captación de los fenómenos de la naturaleza. Expresarlos, tal como ellos son, es un logro de la mente humana. Su fidelidad y objetividad ante la naturaleza son cualidades dignas de encomio en el investigador científico. La ciencia es una realización humana, tanto por el producto sistematizado y publicado, como por el incremento interno de conocimiento, conciencia y satisfacción que logra el científico en su trabajo.

6.8.2 Elaboración mental

No basta la observación externa. El mero acumulamiento de datos no es todavía ciencia. Si no se diera un cierto tipo de elaboración mental, ni siquiera se daría la hipótesis ni el método para la investigación de dicha hipótesis. La ciencia requiere el análisis y la síntesis, que son operaciones típicamente intelectuales, y que son las que producen propiamente el resultado sistematizado, apto para ser difundido y aprovechado, y que consiste en una serie de proposiciones debidamente estructuradas, lógicamente hilvanadas, certeramente fundamentadas, que es lo que llamamos ciencia.

El análisis consiste en una explicitación de elementos implícitos. La mente es capaz de descubrir una serie de elementos, relaciones y estructuras que pasan inadvertidos para el neófito en el quehacer intelectual y científico. Gracias a esta profundización, el investigador es capaz de ver el orden que se le presenta, conectar datos, ver sus relaciones e implicaciones. El descubrimiento de las causas, elemento típico en el conocimiento científico dentro de la corriente aristotélica, se da precisamente gracias al análisis. La elaboración de una hipótesis es posible gracias a una intuición, oscura todavía pero plausible acerca de una posible relación entre dos variables o elementos que se están observando y aparecen con una cierta regularidad. El análisis intelectual es la operación que consiste en saber leer por dentro, captar el significado de los fenómenos observados. Sin esto, la simple acumulación de datos, registros, hechos y fenómenos, sería un puro amontonamiento sin orden ni sentido. El origen de la ciencia está en esa chispa luminosa del científico al que se le ocurren hipótesis y posibles explicaciones de los fenómenos que estudia.

Pero además, se requiere la síntesis. En cierto modo es una operación inversa al análisis. De las partes va al todo. Gracias a la síntesis, el científico encuentra unidad, allí donde parecen elementos desconectados. La síntesis capta en una amplia visión, el orden que hay entre elementos al parecer dispersos o inclusive opuestos. La síntesis ve la armonía y la congruencia entre los diversos fenómenos. Las grandes teorías explicativas del universo tienen origen en la mente del científico, cuando de pronto logra captar relaciones aparentemente lejanas, pero que simplifican notablemente la formulación del fenómeno estudiado.

Existe una fuerte discusión acerca de esta operación mental del científico que produce explicaciones vastas del universo. La duda surge principalmente acerca de la aportación que la mente produce en su intuición. Ese orden, regularidad y hasta necesidad de las leyes y de las teorías científicas ¿son datos objetivos o son aportaciones mentales? En opinión de Hume, no hay tal universalidad y necesidad, sino que la costumbre nos ha impelido a ese juicio exagerado que cree en leyes universales y necesarias. Por otro lado, Kant establece la famosa teoría de las formas a priori, implantadas en el conocimiento humano, gracias al funcionamiento del intelecto, aplicado a la observación de fenómenos. El fenómeno intelectual es ya una síntesis en donde intervienen datos materiales externos al sujeto y datos a priori aportados por el sujeto. Así es como se explica la universalidad, la necesidad y otras categorías científicas. La consecuencia es que estas formas a priori impiden el conocimiento de la cosa en sí.

Sin pretender dar una solución definitiva a este problema, por mi parte pienso que la operación de síntesis proporciona innegablemente una perspectiva, desde la cual se capta la unión de los datos. Mejor dicho, gracias a la perspectiva del científico, es como se logra esa operación de síntesis. No todos logran esa perspectiva. Por lo tanto, sí hay una aportación por parte del sujeto en la elaboración del conocimiento científico, mas no se infiere de esto que dicha aportación tenga que oscurecer u ocultar a la realidad en sí. Más bien se trata de una especial iluminación, en donde el sujeto capta aspectos de la realidad tal como se dan en su conciencia. La conciencia es el lugar de la síntesis, y quienes participen del mismo nivel de conciencia podrán captar lo mismo. Ciertamente ésta es la única realidad que se puede captar, la que se da en la conciencia.

Desde el punto de vista antropológico lo importante es destacar aquí el valor de la ciencia como producto o realización del hombre. Su operación de síntesis es creatividad. Sin ella, los datos quedarían dispersos, y no habría unidad, orden, ilación lógica ni estructura. El conocimiento científico es una expresión del orden humano que de alguna manera sintoniza con el orden de la naturaleza.

6.8.3. Estructura y orden

Esta tercera cualidad del conocimiento científico es una consecuencia de la que acabamos de explicar. Gracias a la operación de análisis y de síntesis, el científico es capaz de producir y expresar una serie ordenada de tesis sobre el objeto estudiado.

Desde luego, no sólo se hace hincapié en el orden y la estructura del conjunto de verdades que aparecen como cuerpo científico, sino que el objeto mismo, expresado en esas proposiciones, es el orden y la unidad que se ha develado en la investigación científica. El hombre descubre ese orden, la regularidad de las leyes y la armonización entre diferentes fenómenos y lo plasma en su reporte científico. Esta es una de las grandes glorias del saber humano.

A este respecto es importante hacer notar la exageración que constantemente se ha colado acerca de la universalidad y la necesidad de las leyes científicas. El universo manifiesta un cierto orden y una cierta regularidad en sus fenómenos; tal es lo que se pretende expresar en las leyes científicas. Pero esto no quiere decir que esa universalidad deba ser total y definitiva. La necesidad tampoco es apodíctica, por lo menos en lo que se refiere a la regularidad del universo. El hombre, por su cuenta, ha pretendido otorgar una necesidad y universalidad absoluta a sus leyes, pero eso ha sido desmentido una y otra vez por el avance de la observación y la fineza de los experimentos que progresivamente se van efectuando. Una cosa es el orden y otra es el anquilosamiento y la inflexibilidad que se ha pretendido para el conocimiento científico. Tal vez ha faltado humildad para el investigador al no proponer explícitamente los límites y las condiciones, dentro de las cuales se dan los fenómenos que ha estudiado. Extrapolar hacia una universalidad y una necesidad ilimitada es pretender una obra que el hombre no ha podido realizar. Se trata de una tendencia que debe ser tratada coma tal, como simple tendencia, y a veces, aproximación asombrosa; pero de ninguna manera como la realidad normal de los descubrimientos y las leyes emanadas de la mente humana.

El espíritu científico no es fácil de adquirir. Requiere fidelidad a la realidad, búsqueda interminable, rigor en las deducciones, estructuración metódica, expresión exacta. Las limitaciones del ser humano necesariamente redundarán en las limitaciones que sus descubrimientos conlleven.

6.9 APÉNDICE: EL MÉTODO FENOMENOLÓGICO

El método fenomenológico consiste en la descripción neutra de esencias, Para explicar esto, partamos del concepto de conciencia, que consiste en el hecho de darse cuenta de algo. La conciencia ordinaria siempre apunta a algo; en esto consiste su intencionalidad. En la conciencia podemos distinguir, pues, el *noema* y la *noesis*. Esta es el aspecto subjetivo, o sea, la operación de darse cuenta. El noema es el aspecto objetivo, o sea, lo que se capta en el acto de conciencia. No hay noesis sin noema, y viceversa. La conciencia pura es la coincidencia de noesis y noema. El fenómeno es lo que aparece, es lo mismo que el noema.

La descripción que pretende la fenomenología se distingue de una explicación, en cuanto que ésta remite a las causas, mientras que la descripción se confina en el dato presente sin conectar con entes ausentes al fenómeno.

Ésta descripción es neutra en cuanto que hace *epojé*. Por *epojé* se entiende el hacer caso omiso de algo, o ponerlo entre paréntesis. La fenomenología hace *epojé* de teorías, causas y demás entes que no se presentan en el fenómeno. De esta manera quiere tener evidencia absoluta sobre el fenómeno, pues se hace presente al sujeto, y esto basta para obtener evidencia y certeza. La *epojé* de la fenomenología puede prescindir inclusive del ser del fenómeno, es decir, de que así sea objetivamente.

Acerca de la evidencia, podemos distinguir dos tipos de ella ; la evidencia asertórica y la evidencia apodíctica. La primera se refiere a los hechos que son de determinada manera. La segunda se refiere a lo que es de cierta manera y además no puede ser de otra manera. La fenomenología pretende ésta última, y así llegar a formular una ciencia en sentido estricto, que no varíe en cada momento, sino que sea completamente válida para todos.

El objeto de la fenomenología es la esencia. Una esencia no es un hecho, sino una estructura necesaria y unitaria. Describir esencias en función de intuiciones intelectuales es lo que pretende la fenomenología. Si ellas tienen evidencia apodíctica, constituirán la base de una ciencia en sentido estricto.